

# EL TÍO EVARISTO



(Historia de una guitarra)



El tío Evaristo con su familia

Hay personas de nuestra niñez y juventud que todos, absolutamente todos, tenemos en la Memoria. Se dedicaban a actividades relacionadas con lo colectivo y todos hemos estado de alguna forma en sus manos: en lo relativo a la educación, la salud o la religión. De una manera u otra todos tenemos algo que agradecerles, y se lo agradecemos de corazón. Pero hay personas de nuestra historia que quizás no han tenido tanta relevancia en nuestro crecimiento, pero que desinteresadamente han hecho que algunos momentos de nuestra vida sean más felices. De nuestra vida y de la vida de otros muchos que no son de nuestra generación, como

# EL TIO EVARISTO



---

Este hombre, Evaristo Estrada Guerrero, nació en 1902. Casado con Antonia Romo Mariblanca, tuvo dos hijos: Felicidad y Segundo.

Todos lo recordamos pegado a una guitarra, que se colgaba con un cordón al cuello.

Sus familiares vivos más cercanos no recuerdan cuándo ni cómo compró su primer instrumento, con el que empezó a tocar en la banda de Villafranca, ni quién le enseñó a tocar la guitarra y la bandurria de oído; y aun así, sin saber música ni solfeo (lo que para él era "la solfa"), fue maestro de músicos. Enseñó a cuatro personas a tocar el violín, entre ellas su hijo Segundo, sin saber tocarlo él. Se iban al campo y, en lugar de dormir la siesta, le enseñaba a tocar, como hacía también en ratos perdidos en el hueco de la escalera de su casa de la calle del Santo, donde vivió su familia desde que Antonia y él se casaron. Acompañó a su hijo a Toledo para que se examinara de violín y el tribunal quedó sorprendido cuando, al preguntarle quién le había enseñado, dijo que su padre, que no sabía tocarlo.

Enseñaba por las noches a quien tuviera interés en aprender a tocar, después de volver de su trabajo en el campo y de cenar, en la cocina de su casa, lo cual ponía a su mujer de mal talante, pues protestaba porque entre tantos chicos le destrozaban las sillas, a lo que él respondía, siempre con su característico buen humor: "¡Pues ya se pintarán otra vez!". Cobraba a cada uno seis pesetas al mes por sus enseñanzas.

Fue reclutado para la Guerra Civil, en la que estuvo poco tiempo, pues su quinta fue llamada en los últimos meses de la misma. Tras un breve periodo de "entrenamiento" en un pueblo de Guadalajara, fue destinado a Pastrana, lo que comunicó por carta a su familia, que se puso muy contenta al saberlo, ya que pensaron que se trataba del paraje del mismo nombre cercano a Villafranca y le podrían llevar comida. Tuvo que desilusionar a su mujer y a su hija diciéndoles que no era el mismo sitio, sino que donde lo trasladaban estaba "mu largo".

Con él marcharon al frente otros cinco o seis hombres de Villafranca y entre todos compraron una guitarra para amenizar el largo trayecto que los llevaba hasta su destino y entretenerse en el hastío de la guerra, y él la tocó y la conservó mientras duró la contienda. Al acabar la guerra y comunicar su pronta llegada a Villafranca, sus hijos lo esperaban en san Antón, preguntando por él a todos los que entraban al pueblo, que les decían que venía un poco más atrás porque se había entretenido con unos hombres. Por esos días, recién terminada la guerra, el pueblo estaba tomado por los moros que mandó Franco, apostados sobre todo en la explanada de la carretera, en los alrededores de la Plaza de España, donde la chiquillería se acercaba a hacer trueques con ellos (por tres huevos, los moros daban una latilla de conserva; y una perragorda por ir a dar agua a sus caballos, que pastaban en las afueras, cerca de las Tres Cruces).

Al entrar el tío Evaristo a Villafranca, sus hijos lo notaron triste, pues los moros, aquellos hombres con los que les dijeron que se había entretenido, le habían quitado la guitarra que tan buenos ratos les había hecho pasar en el frente, seguramente sin motivo alguno, y se llevó uno de los mayores disgustos de su vida.

Durante muchos años acompañó de la mañana a la noche a las parejas que se casaban; iba con el novio a buscar a la novia, tocaba en el baile e incluso, también con la guitarra y otros músicos, los acompañaba hasta su casa en la noche de bodas.

Siempre mantuvo vivas las canciones tradicionales; a todos sus alumnos les enseñaba jotas y rondeñas, vales y pasodobles. Y a todos, absolutamente a todos, les enseñaba -le gustaría mucho Concha Piquer- la canción de La Parrala, del maestro Quiroga.

Salió con los quintos a la calle la semana anterior al sorteo durante muchos años, pero no se recuerda exactamente desde cuándo, aunque sí que sustituyó a alguien que llamaban Vegas cuando éste dejó de hacerlo, y evitó así muchos de los desmanes del vino. La quinta del 77 fue la última con la que salió a la calle, cuando ya no podía ni caminar y había que llevarlo sobre ruedas, en un carrillo de mano. Se empeñó en hacerlo en contra de la opinión de sus hijos porque era quinto uno de sus nietos.

Tocó con los coros y danzas y siempre fue un maestro, un hombre alegre y generoso, de esas personas que pasan por la vida haciendo algo tan sencillo como alegrarle la vida a los demás. Tan sencillo, tan hermoso y, en momentos tan grises y tan duros como los de la postguerra, tan importante.

El tío Evaristo murió en 1979, dos meses antes de cumplir 77 años, y su entierro fue acompañado por la banda de música.

Queremos recordarle y hacerle este pequeño homenaje. Queremos agradecerle, en nombre de muchos villafranqueros que nacieron antes que nosotros, el haber dedicado buena parte de su tiempo y de su humor a darnos su música y su alegría.

.....

¿Quién no conoce a ese hombre  
que paseó a tantos quintos  
y acompañaba en las bodas?  
Se llamaba tío Evaristo.

Nació a principios de siglo,  
murió en el setenta y nueve,  
con setenta y siete casi,

le faltaron unos meses.

Marido era de la Antonia,  
sólo tuvieron dos hijos:  
la mayor, Felicidad;  
Segundo se llamó el chico.

Vestía siempre con blusa,  
se colgaba la guitarra,  
con boina echada hacia un lado  
la cabeza se tapaba.

Él no sabía solfeo  
ni interpretar partituras,  
tocaba todo de oído  
sin faltarle nota alguna.

Hizo Evaristo la guerra  
en el pueblo de Pastrana,  
sin saber sus familiares  
que era allá en Guadalajara.

Cuánta tristeza sintieron  
Antonia y Felicidad  
al decirles Evaristo  
que no le podrían llevar

la comida que creían  
que podrían acercarle,  
pues pensaban que sería

de Villafranca el paraje.

Al regresar de la guerra,  
antes de llegar al pueblo,  
los moros que mandó Franco  
quitáronle el instrumento

que entre cuatro o cinco mozos  
con gran esfuerzo compraron  
antes de partir al frente  
para amenizar los ratos.

A varios chicos y al suyo,  
sin saberlo él ni tocar,  
daba clases de violín  
por las noches tras cenar.

Les cobraba seis pesetas  
a cada uno por mes  
y si alguno no podía  
él no perdía el interés.

Gruñía mucho la Antonia:  
-¡Tanto chico en la cocina!  
¡Menudo escándalo que arman  
y me estrozan to las sillas!

Él le decía: "-Mujer,  
no te sofoques por eso.  
Ya se pintarán las sillas

y arreglaré los asientos”.

Con su canción favorita  
sus alumnos se iniciaban;  
la entonaba la Piquer,  
se llamaba “La Parrala”.

A Segundo le enseñaba  
en los ratos de la siesta,  
cuando estaban en el campo  
y pronto armaban la fiesta.

El hueco de la escalera  
en el calor del verano  
era el sitio en que Segundo  
aprendía de su mano.

A Toledo lo llevó  
de violín a examinar  
y sorprendido quedó  
al saber el tribunal

que Segundo había aprendido  
de un padre que no sabía  
más que tocar la guitarra,  
y el violín no conocía.

Paseó a todas las quintas  
desde después de la guerra,  
cuando de eso se cansó

uno que llamaban Vegas.

Los civiles le encargaban  
que controlara a los quintos  
y él decía: "Descuidaros,  
que podéis estar tranquilos:

mientras esté yo con ellos,  
no les hará daño el vino,  
pasaremos ricamente  
la semana de los quintos."

Con la última que salió  
fue la del setenta y siete:  
lo llevaban en carrillo,  
ya no podía ni moverse.

Insistía el tío Evaristo  
y sus hijos se enfadaban  
pero quinto era su nieto  
y él quería pasearla.

También tocó en muchas bodas,  
paseando por el pueblo  
a las parejas de novios,  
amenizando el cortejo.

Siempre la guitarra en ristre,  
la bandurria era otras veces.

Para todo era dispuesto:  
nuestro homenaje merece.

Su entierro fue acompañado  
por la banda emocionada,  
que el tío Evaristo sentía  
música dentro del alma.

Y si hubiera que poner  
justo nombre a una guitarra  
sin duda alguna sería  
tío Evaristo en Villafranca.



















